

Este año la solemnidad de san Juan Bautista cae en domingo, por lo que se rompe la secuencia dominical del tiempo ordinario que hace poco hemos recuperado. Sin embargo es una oportunidad para resaltar la figura de este gran santo, que Cristo denominó «el mayor de los nacidos de mujer», ya que la gran mayoría de las veces cae entre semana y los fieles no participan en la Eucaristía.

Su importancia es tal que san Juan es celebrado el día de su nacimiento, a diferencia del resto de santos cuya fiesta figura el día de su muerte cuando nacieron a la vida definitiva, la celestial. Sin embargo, el Bautista resalta por su misión divina y por su santidad ya desde su nacimiento. También en el calendario litúrgico el 29 de agosto se celebra su martirio.

La liturgia nos ofrece dos formularios diferentes para la misa: hay unas lecturas y oraciones para la vigilia y otras diferentes para el día. Conviene tener en cuenta que la finalidad de la vigilia es preparar la fiesta, ahondando en su celebración. Por ello, aunque el *Misal* indique el uso de la misa de vigilia para la tarde del sábado 23, consideramos que solo deberían emplearse con aquellas comunidades que también participarán en la misa del día. Ya que la misa de vigilia complementa la misa del día. Por tanto, no son textos alternativos de igual valor y no sería por ello correcto que los fieles escuchasen los textos «secundarios» y se quedasen sin recibir el contenido de los textos «principales».

▣ RELACIÓN CON EL NACIMIENTO DE CRISTO

La solemnidad de san Juan Bautista está en relación con el nacimiento de Cristo según las palabras del ángel en el momento de la encarnación del Hijo de Dios: «Ahí tienes a tu pariente Isabel, que, a pesar de su vejez, ha concebido un hijo, y ya está de seis meses la que llamaban estéril» (Lc 1,36). Ambos nacimientos figuran en el calendario con 6 meses de diferencia, estando inscritos ambos en el mismo día según el sistema de datación romana, ocho días antes del primero del mes siguiente.

Además, ambos nacimientos coinciden con el solsticio: el nacimiento de Jesús con el de invierno, cuando empiezan a aumentar las horas de luz, y el de san Juan con el de verano, cuando disminuyen las horas de luz. Se hacen así realidad, de modo simbólico, las palabras del Bautista: «Es preciso que él crezca y que yo disminuya» (Jn 3,30). La luz de Juan disminuye para que ilumine el sol que nace de lo alto (cf. Lc 1,78).

▣ LLAMADA DIVINA

Dios, en su plan salvífico, suscitó profetas que anunciaran su Palabra y guiaran a su pueblo. Él los elige ya antes de que nazcan. De igual modo Juan Bautista fue elegido para su misión ya desde el seno materno.

Es por ello que tanto en la misa de vigilia como en la del día se lee un relato de vocación que muestra esta elección divina desde siempre: «antes de formarte en el seno de tu madre, te escogí... te nombré profeta... pongo mis palabras en tu boca» (misa de la vigilia); «estaba yo en el seno materno y el Señor me llamó... te hago luz de las naciones» (misa del día); «desde el vientre me formó siervo suyo» (misa del día).

▣ MISIÓN

Juan fue destinado por Dios, en primer lugar, para preparar al pueblo ante la inmediata llegada del Mesías, por ello se le denomina «el precursor». La oración colecta nos lo recuerda: «suscitaste a san Juan Bautista para que preparase a Cristo el Señor una muchedumbre bien dispuesta». Y para llevar a cabo su cometido «predicó a todo Israel un bautismo de conversión», como nos dice Pablo en la lectura de los Hechos de los Apóstoles (misa del día).

En segundo lugar, «proclamó que el Salvador del mundo ya estaba próximo» (oración sobre las ofrendas); anunció la venida inminente de Cristo (cf. oración después de la comunión), recordando al pueblo que él no era quien ellos pensaban, sino que el Mesías venía detrás de él (cf. segunda lectura de la misa del día).

Y, finalmente, «mostró [a Cristo] presente entre los hombres» (oración sobre las ofrendas; cf. prefacio).

▣ VIDA

El nacimiento de Juan Bautista fue motivo de alegría, como nos dice el prefacio y el evangelio del día, al ser el anuncio de la salvación de Dios.

Juan llevo una vida austera, un asceta del desierto que se vestía con una piel de camello y se alimentaba de saltamontes.

Juan fue humilde. Sabía que no merecía desatarle las sandalias al Mesías que anunciaba (cf. segunda lectura de la misa del día).

Juan estuvo entregado a su misión: era exigente, combatía la injusticia, denunciaba el mal... Hasta el punto de derramar su sangre.